

Un detective suelto en el colegio

Liliana Cinetto

Ilustraciones de Gerardo Baró

loqueleg

Escuchando tras las puertas

A mí siempre me gustaron las historias de detectives. Desde que era chiquito. Por eso no me pierdo, en las plataformas de *streaming*, las películas de Sherlock Holmes y viejas series como la de Kojak, el pelado que no tiene un pelo de tonto y que anda siempre con un chupetín. Aunque al que admiro de verdad es a Columbo, ese detective feo y desgredado, que llega siempre tarde, con su impermeable arrugado y los pelos desordenados como si acabara de levantarse de la cama. Me fascina su forma de interrogar a los sospechosos haciéndose el tonto, pero sobre todo me encanta el momento en que, después de dar un vistazo como al descuido, se retira de la escena del crimen diciéndole al culpable una frase del estilo: “Disculpe, pero... ¿esta pistola no es del mismo calibre que la que mató a su esposa?” o “Usted perdona, pero me parece que su color de pelo es idéntico al que encontré entre las uñas del muerto...” o también “¡Ah!, me olvidaba: sobre su escritorio había una factura que dice que compró una soga como la que usó su socio para ahorcarse”. No se le escapa el más mínimo detalle

a Columbo. Y yo siempre soñé con llegar a ser como él, un poco más prolijo, eso sí, y, por supuesto, millonario. A veces, cuando era más chico, me imaginaba vestido con impermeable blanco inmaculado y sombrero de ala ancha, estacionando mi auto importado frente a una oficina lujosa en la que se leía con letras doradas:

6



En realidad, mi nombre es Alejandro Salotti. Pero me parecía que Alex era más exótico y misterioso, ideal para un detective. Y yo estaba seguro de que algún día llegaría a ser uno muy famoso. Por eso, además de ver las series y las películas de detectives, a las que era un verdadero adicto, leía todo el tiempo. Leía cuanta historia policial caía en mi poder, en especial las de Agatha Christie, que eran muy baratas, aunque prefería las de Sherlock Holmes, de Arthur Conan Doyle, quien, como decía el autor en una de mis frases predilectas, “dedicaba sus inmensas facultades y extraordinarios poderes de observación a seguir pistas y aclarar misterios que la policía había abandonado por imposibles”. Pavada de frase. Eso era lo que yo quería, aclarar misterios que la policía abandonaba por imposibles. Y aunque no estaba seguro de que mis facultades fueran inmensas, leyendo las aventuras de Holmes había aprendido

mucho. Por ejemplo, a anotar en una libreta todo aquello que podía resultarme de utilidad para resolver algún misterio. Además, llevaba siempre una lupa que me habían regalado mis amigos para mi cumpleaños. Y unas pinzas de depilar que le había sacado a mi hermana mayor, para no alterar las pruebas de un delito ni estamparle mis huellas dactilares. Y un par de bolsas de plástico transparente para guardar esas pruebas... En fin. Cosas que un detective siempre debe tener a mano.

A mis padres no les molestaba mi afición detectivesca, porque gracias a ella era un excelente lector, no tenía faltas de ortografía y sacaba buenas notas en Lengua. Es más: en el secundario logré el apoyo incondicional de la profesora de Castellano y Literatura, la señorita Domínguez, una mujer agria y de mal carácter que no sonreía ni por casualidad. Fuera del horario de clases, la señorita Domínguez no hablaba con nadie y se quedaba en un rincón de la sala de profesores leyendo un libro de hojas amarillentas. Pero desde que se enteró de mi pasión por la lectura, se me acercaba para recomendarme una novela policial o cuentos que podían resultarme interesantes y a veces hasta se animaba a hacerme un comentario o a pedirme mi opinión sobre un autor. A mí me daba lástima verla siempre sola, y la escuchaba con interés mientras ella hablaba frunciendo la boca, que era el gesto más cercano a una sonrisa que era capaz de hacer. A mis compañeros, en cambio, les causaba un poco

de gracia esta relación con la señorita Domínguez y no perdían ocasión de burlarse.

—Ahí viene tu “novia” —me decían cuando entraba al aula.

8 Pero a mí no me importaba porque lo cierto es que la señorita Domínguez me había protegido varias veces en que mis investigaciones me pusieron en serio peligro. Porque lo mío no era solo teoría. Yo me sentía un gran detective y, mientras aguardaba que la vida me diera la oportunidad de demostrarlo poniéndome frente a un caso real, me ejercitaba en pequeñas investigaciones de menor importancia, aunque no menos resonantes. Tras largos días de búsqueda incesante, había descubierto que el profesor de Inglés tenía dientes postizos, que la profesora de Química alquilaba un departamento de dos ambientes en Barracas, que el rector del colegio usaba lentes de contacto, que la profesora de Música era alérgica a las flores y al chocolate, y que el profesor de Matemática se ponía calzoncillos largos en invierno. Aunque, sin lugar a dudas, mi mayor éxito había sido averiguar que la señorita Adelaida, la jefa de preceptores, salía con Marinani, el profesor de Geografía. La señorita Adelaida era una mujer corpulenta y malhumorada. Le llevaba por lo menos una cabeza a Marinani, que era flaco y desgarbado y se ponía rojo hasta las orejas por cualquier cosa porque era sumamente tímido. Un día los encontré haciéndose arrumacos en la biblioteca, detrás del mapa de Asia.



Se armó tal revuelo en el colegio cuando hice público mi descubrimiento que casi me expulsan, aunque eso no hubiera conformedo a la jefa de preceptores, que más que expulsarme quería degollarme vivo. Solo me salvó la intervención de la señorita Domínguez, que me defendió con uñas y dientes ante el rector, argumentando que yo era el mejor alumno del colegio y que este hecho lamentable ponía en evidencia mi curiosidad insaciable, que más que un defecto era una virtud que hacía que me destacara entre mis compañeros y que solo había que canalizarla hacia objetivos más cercanos a los intereses de la educación. Hablaba bien la señorita Domínguez. Y por más que la señorita Adelaida pedía a gritos mi cabeza en bandeja de plata, los argumentos de la profesora de Literatura, que era la de mayor antigüedad en su cargo y tenía un legajo impecable, pesaron más que las protestas de la jefa de preceptores, que no había sido discreta con su vida privada. El rector me llamó la atención y me recomendó que me dedicara más a investigar las causas de la Revolución Francesa que los detalles de la vida del personal de la escuela, y le advirtió a la jefa de preceptores y al profesor de Geografía que mantuvieran su romance más allá de los límites de la institución, para evitar que se repitiera un hecho semejante.

A partir de ese momento, me convertí en el héroe del colegio. Todos estaban pendientes de mis investigaciones y querían información sobre mis nuevos descubrimientos

para sobrellevar el tedio de la rutina escolar. Pero durante un tiempo tuve que ser muy cuidadoso, porque la jefa de preceptores me la tenía jurada y esperaba agazapada como una fiera que yo cometiera el más mínimo error para caerme encima y vengarse.

Sin embargo, ocurrió algo inesperado que me obligó a retomar mis tareas de detective.